

todas las demás y cada ente material tiene una esencia que lo distingue de las demás especies y una materia que lo individúa dentro de la suya.

5.^a Ibn Gabirol, al sostener la pluralidad de formas muestra no haber comprendido rectamente el hilemorfismo aristotélico, pues concibió la materia con una cierta actualidad y las formas como accidentes. Santo Tomás, frente a Avicibrón, demuestra que la materia es pura potencialidad y que la forma substancial es única para cada ente. Critica el plurimorfismo de Ibn Gabirol argumentando que conlleva una falsa concepción del cambio substancial y destruye la unidad del ente. La forma no sólo da el ser sino también el modo específico de ser. Si cada ente tiene un sólo acto de ser, determinado por su esencia, debe tener necesariamente una sola forma substancial.

6.^a La inactividad de las sustancias corpóreas, sostenida por Avicibrón, es una consecuencia de las dos tesis centrales de su metafísica. Por la *forma corporeitatis* que determina al ente corpóreo, éste está impedido para actuar. Por eso Avicibrón atribuyó las operaciones de los entes corpóreos a cierta *vis spiritualis*, manifestación de la voluntad de Dios. Santo Tomás refuta esta doctrina sosteniendo que el ente actúa en la medida en que está en acto, por su forma. Además, Santo Tomás aclara que atribuir a Dios todas las acciones de las criaturas no es sino disminuir su poder, destruir el *bonum ordinis* de las criaturas y anular la posibilidad de todo conocimiento científico.

Alejandro CORCUERA CABEZUT
Av. Coyoacan 911
03100 México
acorcuera@coyoacan911.org.mx

El Oriente cubano durante el gobierno del obispo Joaquín de Osés y Alzúa (1790-1823)

La elección de este tema para la realización de la tesis doctoral se debió fundamentalmente a la ausencia casi total de estudios monográficos no sólo sobre la labor del obispo Osés, sino también sobre el oriente cubano en general¹. La extensión del periodo de gobierno de Osés en su diócesis y la especial significación que esos años, finales del siglo XVIII y primeras décadas del XIX, tienen en la historia de Cuba, hacían más interesantes la elección.

1. Texto leído en la defensa pública de la tesis doctoral en el Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra, el día 28 de septiembre del 2002 ante el tribunal constituido por: Dr. Agustín González Enciso (presidente), Dr. Antonio García Abásolo, Dr. José Antonio Armillas, Dra. Elisa Luque Alcaide (vocales) y Dr. Rafael García (secretario). El director fue el Dr. Juan B. Amores.

En efecto, la historia colonial del oriente cubano apenas han sido objeto de estudio hasta ahora. La historiografía cubanista reciente parecía haber cubierto ya el estudio del periodo señalado con las obras de Kuethe y Tornero Tinajero, sobre todo. Sin embargo, en los trabajos de estos autores, como ocurre con casi toda la historiografía cubanista, antigua o reciente, brilla por su ausencia la región oriental de la isla, que apenas si merece algunas breves referencias. Y es que la historia de Cuba, casi hasta nuestros días, es sobre todo la historia de La Habana, capital político-administrativa de la isla y de la región occidental, que ejerció y ejerce un absoluto predominio sobre las otras grandes regiones naturales de su geografía: la zona de Las Villas, en el centro, la extensa región camagüeyana, que le sigue hacia el este, y, por fin, la extensa región oriental, con capital en Santiago de Cuba, capital y gobernación primigenia de la isla, que sin embargo, muy pronto perdió importancia tanto económica como administrativa ante la mucho mejor posición estratégica de La Habana.

Este predominio también se ha trasladado a la producción historiográfica, incluso debido a razones metodológicas hasta cierto punto insuperables, ya que la base documental disponible en los repertorios archivísticos que trate directamente del oriente cubano es sumamente escasa. De hecho, para la redacción de este trabajo se ha consultado casi el doble de los legajos del Archivo de Indias que vienen señalados explícitamente en las fuentes, pero no han sido citados por no haber encontrado en ellos ninguna referencia relevante de la región oriental. Quizás por eso mismo se da el caso de que, a fecha de hoy, sólo disponemos de dos obras que traten en exclusiva del oriente cubano en su extensa región oriental: la más conocida y ya antigua *Crónicas de Santiago de Cuba*, de Emilio Bacardí y la más reciente, de Olga Portuondo, *Santiago de Cuba desde su fundación hasta la guerra de los diez años*². Queda, por tanto, un amplísimo margen de estudio para los que quieran adentrarse en la realidad histórica del interior cubano, y muy especialmente de la región oriental.

A pesar de esto, parecía lógico que el personaje elegido pudiera ofrecer al investigador una base documental suficiente, debido a su carácter de primera autoridad eclesiástica de la región y a lo extenso de su periodo de gobierno. Además, disponíamos de referencias bibliográficas que sugerían la posibilidad de encontrarnos ante un personaje de cierta relevancia. Nos referimos a las frecuentes alusiones —casi todas teñidas de una valoración crítica y negativa— que de Osés se pueden encontrar en los estudios publicados sobre su contemporáneo en La Habana, el obispo Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa, con quien mantuvo una fuerte rivalidad. No nos equivocamos y, al poco tiempo de adentrarnos en la investigación, comprobamos que la elección había merecido efectivamente la pena.

Debido a las razones antes apuntadas, la labor de recopilación de fuentes primarias no ha sido fácil. La base documental del trabajo la forman los fondos del Archivo General de Indias, concretamente de las secciones Vª o de Gobierno (Audiencia de Santo Domingo), la IXª o Papeles de Cuba y la Xª o Ultramar. En estos fondos se encuentra la documentación que permite obtener una visión general de la situación del oriente cubano en estas fechas a partir de los censos, informes de las visitas pastorales y de otras autoridades, y otra docu-

2. Emilio BACARDÍ, *Crónicas de Santiago de Cuba*, Barcelona 1974 y Olga PORTUONDO ZÚNIGA, *Santiago de Cuba desde su fundación hasta la guerra de los diez años*, Santiago de Cuba 1997.

mentación análoga. La correspondencia de las autoridades entre sí y con el gobierno de la metrópoli nos permite conocer las relaciones entre las distintas autoridades y lo que podríamos llamar la «política de gobierno» del obispo, así como nombramientos, reales cédulas y órdenes, expedientes despachados en el Consejo de Indias, etc. Pero ha sido también necesario acudir a los repertorios cubanos, sobre todo los de carácter eclesiástico, en los que hemos obtenido una información aparentemente de menos importancia y menor cuantía, pero que ha resultado fundamental para completar el trabajo.

Hemos dividido éste en diez capítulos. Los tres primeros capítulos nos presentan a los dos protagonistas de la tesis doctoral: el Oriente cubano y el obispo Osés. En los cinco capítulos siguientes nos hemos centrado en la realidad de la Iglesia de la región durante estos años, haciendo hincapié en la reforma administrativa, las posibilidades económicas, el clero secular y regular y la reconstrucción de la catedral. Para terminar dedicamos los dos últimos capítulos a analizar los informes y actuaciones concretas de Osés a través de los cuales se transparenta su mentalidad, formación y cualidades. Esta caracterización del personaje choca abiertamente con la que han ofrecido otros autores, por ello dedicamos el último capítulo a analizar las causas de esas valoraciones y a ofrecer otra distinta, que nos parece mucho más ajustada a la realidad.

Así, tras cinco años de investigación en un buen número de archivos civiles y eclesiásticos, tanto de España como de Cuba, podemos afirmar que Joaquín de Osés y Alzúa fue, en realidad, la primera persona con autoridad que verdaderamente se preocupó del oriente cubano en trescientos años de vida colonial. En efecto, la inmensa mayoría de los gobernadores de Santiago de Cuba, primera autoridad de la región, habían sido figuras de segunda fila que, conscientes de la escasa preocupación de la corona por esa gobernación, se habían preocupado casi exclusivamente de sus intereses personales, contribuyendo así al abandono de la región; es significativo, por ejemplo, que casi ninguno de estos gobernadores fuera ascendido luego a otra de mayor rango. Por otro lado, la mayor parte de los obispos, aunque la sede titular era Santiago, habían fijado su residencia en La Habana, y la zona occidental fue el centro de sus prioridades.

Osés llegó a Cuba justo con motivo de la división en dos de la única diócesis hasta entonces existente en la isla, hacia 1789. Iba como secretario personal del primer obispo de la nueva diócesis de Santiago —nueva por habersele separado la región occidental, al crearse la diócesis de La Habana—, a quien sucedió apenas dos años más tarde en la mitra. Obviamente, la nueva organización eclesiástica obligaba al obispo de la diócesis oriental a residir en su sede titular, por lo que Osés fue, de hecho, el primer obispo que residió en Santiago durante todo su mandato, más de treinta años.

El primer objetivo del nuevo prelado fue la reforma del clero y del funcionamiento de las distintas instituciones eclesiásticas, anquilosadas por la habitual ausencia del obispo. Con fortaleza y decisión, puso fin a los abusos del chantre, Matías de Boza, y del vicario de Puerto Príncipe, Carlos de Varona, principales responsables de la relajación del clero, ya que habían venido siendo las cabezas visibles de la diócesis. Acabó así con la causa principal del desgobierno de la misma.

A continuación se preocupó por lo que sin duda era su tarea primordial como obispo: asegurar, en la medida de lo posible, la atención pastoral de todos los fieles. Para ello

tuvo que llevar a cabo una adaptación de la estructura de la diócesis a las nuevas necesidades de la población oriental, que estaba experimentando un importante crecimiento. En este punto, uno de los sectores más beneficiados fue la población rural, que vio cómo se duplicaba el número de curatos durante estos años; y es que Osés fundó en treinta años casi el mismo número de parroquias que se habían creado a lo largo de los trescientos años anteriores. Hasta 1790, la diócesis oriental contaba con diecinueve parroquias y en 1823 su número había aumentado hasta alcanzar la cifra de treinta y seis parroquias, cubriendo las necesidades de las zonas más inaccesibles del obispado.

Ese esfuerzo por la atención pastoral de todos los fieles incluyó su preocupación por mejorar la preparación del clero, mediante la reforma del seminario santiaguero, sumido hasta entonces en la decadencia. Osés buscó expresamente que los eclesiásticos se convirtieran en los difusores de la cultura y de los nuevos avances científicos y médicos entre la población. Al mismo tiempo involucró en ese esfuerzo a las órdenes religiosas cuya labor, por otra parte, apoyó siempre desde el obispado.

Para el obispo navarro, la atención espiritual a los fieles implicaba que cada individuo alcanzara la dignidad que le correspondía como persona e hijo de Dios. Esto suponía afrontar una seria reforma de las estructuras económicas y sociales que acabara con la situación de miseria en que vivía la mayor parte de la población. La información que recopiló durante su visita pastoral por toda la diócesis en 1790, a los pocos meses de su desembarco en la isla, marcó toda su actuación posterior, también en el sentido señalado. Muy pronto comprendió que la principal causa del retraso que sufría el oriente frente al occidente de la isla —atraso que aumentó tras el despegue de la economía cubana a partir de 1790— era la política metropolitana y habanera, a la que nunca había interesado el desarrollo de la jurisdicción oriental. Osés no se cansó de denunciar esta actitud ganándose con ello la enemistad del obispo habanero Espada y de las distintas autoridades de la capital administrativa de la isla.

El prelado navarro no se limitó a criticar la política habanera; también se preocupó de aportar soluciones. Como buen fisiócrata, veía en el impulso de la agricultura la clave para el desarrollo de la región y una más justa distribución de la riqueza; pero todo ello no se lograría mediante la gran hacienda, como lo estaban haciendo en el occidente, sino a partir de pequeños colonos con tierra suficiente para mantener con dignidad a su familia. Así pues, el primer paso para lograr el fomento de la región era el reparto de las tierras a los colonos tomando la familia como núcleo fundamental. Planteaba así una verdadera reforma agraria, que tenía un aspecto economicista: obtener un mejor rendimiento de la tierra, ya que los principales beneficiados serían los trabajadores; pero también tendría una importante repercusión social, ya que se lograría un reparto más justo de la riqueza aumentando la calidad de vida de una base de población mucho más amplia.

La crítica al sistema de grandes haciendas azucareras implicaba el desacuerdo con el sistema esclavista, ya que con él se llevaban al extremo los errores del latifundismo: un bajísimo rendimiento debido a los nulos incentivos que tenía el esclavo y al trato que éste recibía, indigno de una persona. De la misma forma, Osés criticó el monocultivo de exportación, por muchos beneficios que estuviera dando durante estos años, como base del sistema económico. A su juicio, esta opción dejaría la isla a merced del mercado internacional.

Fue así uno de los primeros en advertir y denunciar públicamente que la política diseñada por la élite criolla y las autoridades habaneras, en consonancia con la metrópoli, no podía convertirse en un proyecto duradero. De esta manera, enlazamos con otra de las características de la personalidad de Osés, su capacidad de intuir y adelantarse a los problemas con los que tendría que enfrentarse la isla de Cuba en el futuro. De hecho, en esa crítica el obispo se adelantó en más de veinticinco años a los ilustrados cubanos que, como Francisco de Arango y Parreño o José Antonio Saco, han pasado por ser los primeros en advertir las limitaciones del sistema de producción esclavista.

La situación en la que se encontraba el oriente cubano no se debía sólo a la mala gestión económica de las distintas autoridades sino también a la actitud de la élite criolla de la región, sólo preocupada por sus intereses particulares y por mantener el control y el poder en sus respectivas jurisdicciones. Un claro ejemplo del desinterés de los patricios santiagueros por su región fue el fracaso de la Sociedad Económica de Amigos del País, fundada en 1787. Osés nunca les perdonó este abandono, como tampoco la corrupción en la que vivían muchos de ellos, otra de las causas de la pobreza de la mayor parte de la población.

El obispo no sólo fue directo en sus críticas y en sus informes, también lo fue a la hora de actuar. Las malas relaciones con esa élite criolla se debieron también a algunas de sus actuaciones en las que atacó sus intereses. Los hechos más destacados fueron el apoyo que dio a la lucha de los negros del pueblo minero de El Cobre por obtener su libertad, y la forma en que acabó con las contratas abusivas de materiales para las obras de la catedral.

En conjunto, su valiente crítica del sistema económico sobre el que se basaba la opulencia de la élite criolla, tanto en occidente como en oriente, y la manera en que afectó a los intereses de ésta en el oriente, provocó su enfrentamiento tanto con el patriciado local santiaguero como con las autoridades habaneras, y es lo que explica el juicio negativo que la historiografía cubanista —muy dependiente de la imagen que aquellos crearon— ha dejado de él.

El obispo fue consciente de que la labor que tenía por delante era ingente y la oposición poderosa, pero no por ello se resignó, sino que luchó durante todo su gobierno sin que le importaran las acusaciones que se hicieron contra él ni los beneficios personales que podría haber obtenido de haberse plegado a los deseos de los más poderosos.

El elenco de sus logros concretos no deja de ser impresionante si tenemos en cuenta que, hasta entonces y por más de trescientos años, apenas se había hecho algo por el progreso real de la diócesis. Cabe destacar, desde luego, la finalización de las obras de la catedral, en un estado de total abandono desde su destrucción cuarenta años atrás, y la extensión de la cura pastoral a prácticamente todos los habitantes de la diócesis.

Ana IRISARRI AGUIRRE
Departamento de Historia
Edificio de Bibliotecas
Universidad de Navarra
E-31008
airisarra@unav.es